



VISTA DEL ANGULO SUROESTE DEL PATIO DE LA EXPOSICION MEXICANA.

El arte nuevo, el congregado en la Exposición Mexicana, ostentaba, con intensidad palpable y conmovedora, un alma; ésta era su mayor grandeza y su mérito mejor, aun cuando la habilidad ó el dominio de la técnica no brillaran siempre, pues en toda naciente producción el espíritu es lo primero, y este espíritu quedaba demostrado por el trabajo implícito en más de trescientas obras y por la notoria sinceridad con que fueron ejecutadas.

La teoría artística que parece triunfar de discusiones y guerrillas, de talleres y escuelas; la que pretende expresar la tendencia legítima del arte actual, exige la sumisión de la técnica por sí misma ante la téc-



UNA VISTA DEL ANGULO NOROESTE DEL PATIO DE LA EXPOSICION MEXICANA.



GALERIA DE PAISAJE DE LA EXPOSICION MEXICANA.

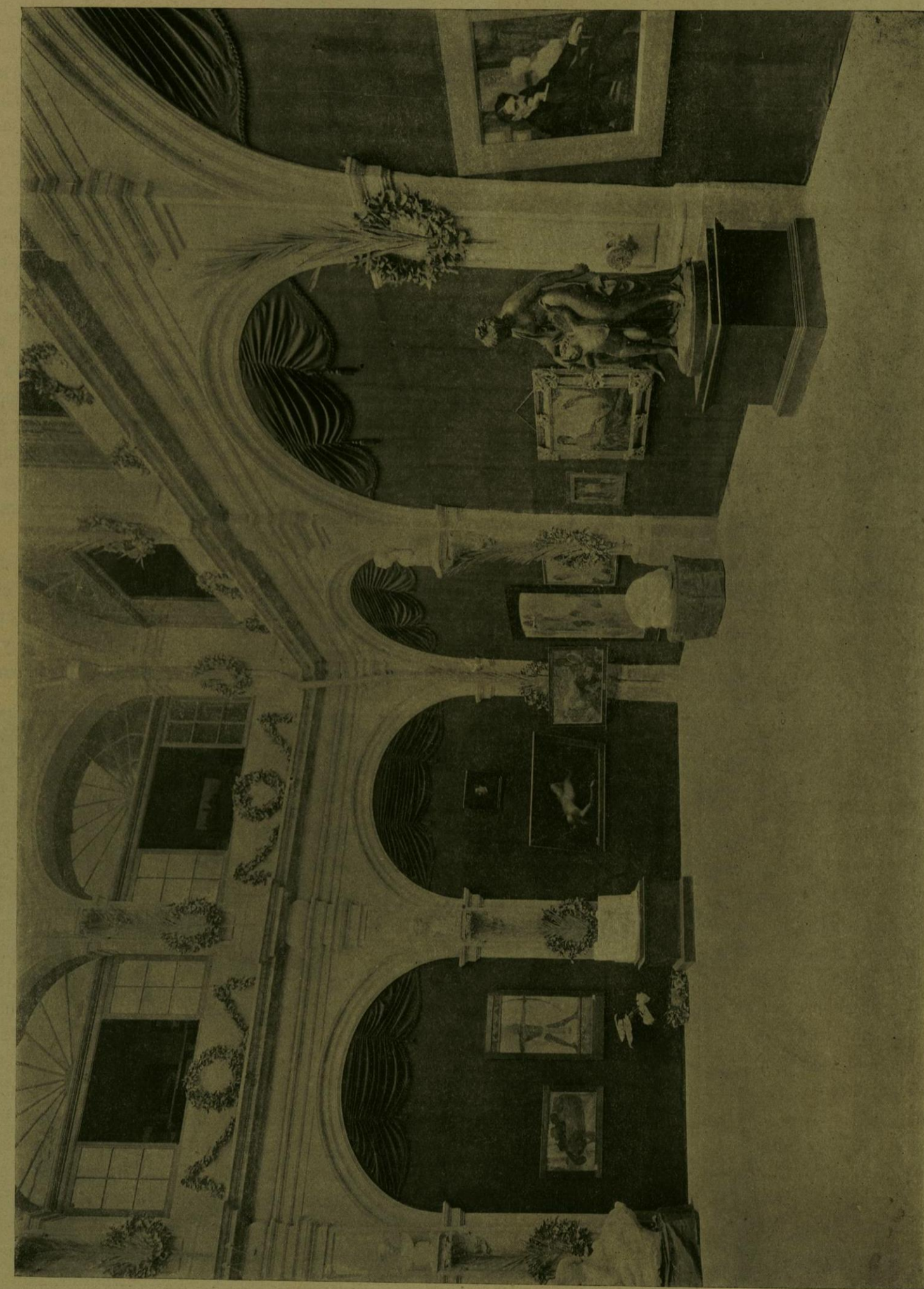
jóvenes artistas de la ciudad, abrió, el 19 de septiembre, su primera Exposición, alentadora proeza inicial con que celebró el Centenario heroico.

Las viejas galerías permanecieron abiertas también; de manera que la producción de los flamantes artistas estuvo acompañada por la de sus maestros de la generación anterior, obteniéndose, así, una útil enseñanza en la comparación de la pintura del siglo XIX y la reciente, que en nada se parecen; pero en verdad que de la primera sólo quedan tres nombres: el del impecable Rebull, dibujante correctísimo hasta la frialdad; el de Salomé Pina, autor de «La Piedad,» y del «San Carlos,» insuperables de técnica y de color, y el del maestro Félix Parra, alma sencilla y poética, de melancólica ingenuidad, que pintó con la religiosidad de un ex-voto el precioso cuadro de «Fray Bartolomé de las Casas» y que ha interpretado en deliciosos fragmentos la tristeza gris de los campos escuetos.

nica como medio de expresión que revele de manera personal y clara la profundidad de la mirada y la intensidad del pensamiento; estudio que requiere la constante confrontación con el mundo exterior y con el yo y el incansable trabajo de taller y de estudio, para dominar el lenguaje escogido y hacer hablar á las cosas mudas. El arte de estos tiempos es de labor y de sinceridad; ya se van desvaneciendo en el olvido los virtuosos y los juglares que alardeaban de preciosismo encerrados en torres de marfil. Por esas virtudes es, como todo arte perfecto, un medio de expresar y exponer los aspectos más característicos de las almas y de las cosas y un medio de comunicación que habla á las más exquisitas tendencias del espíritu y realiza, así, la máxima de Tolstoy, pero en la forma expresada por el verso incomparable de Keats:

«A thing of Beauty is a joy for ever.»

En el primer salón, dispuesto en el amplio patio de la Escue-



OTRA VISTA DEL ANGULO NOROESTE DEL PATIO DE LA EXPOSICION MEXICANA.





UNA GALERIA DE LA EXPOSICION MEXICANA.

duro y desentonado; pero se le perdona esto por el mérito indiscutible de la composición; sirve de fondo la masa ocre y azul de un nevado, como los de México; avanza hacia el frente la tersura de un lago; crece en la orilla más próxima el nopal simbólico,

y un indígena de estirpe real destaca su tez cobriza sobre el resto, yergue la testa coronada de plumas—viva de inteligencia y de ardor—y alza al cielo los brazos en un saludo triunfal á la luz del nuevo día; diríase que, como en el rito azteca, exalta el nacimiento del año nuevo; pero es más amplio, más significativo el ademán: es la raza, la nación entera la que palpita en él.

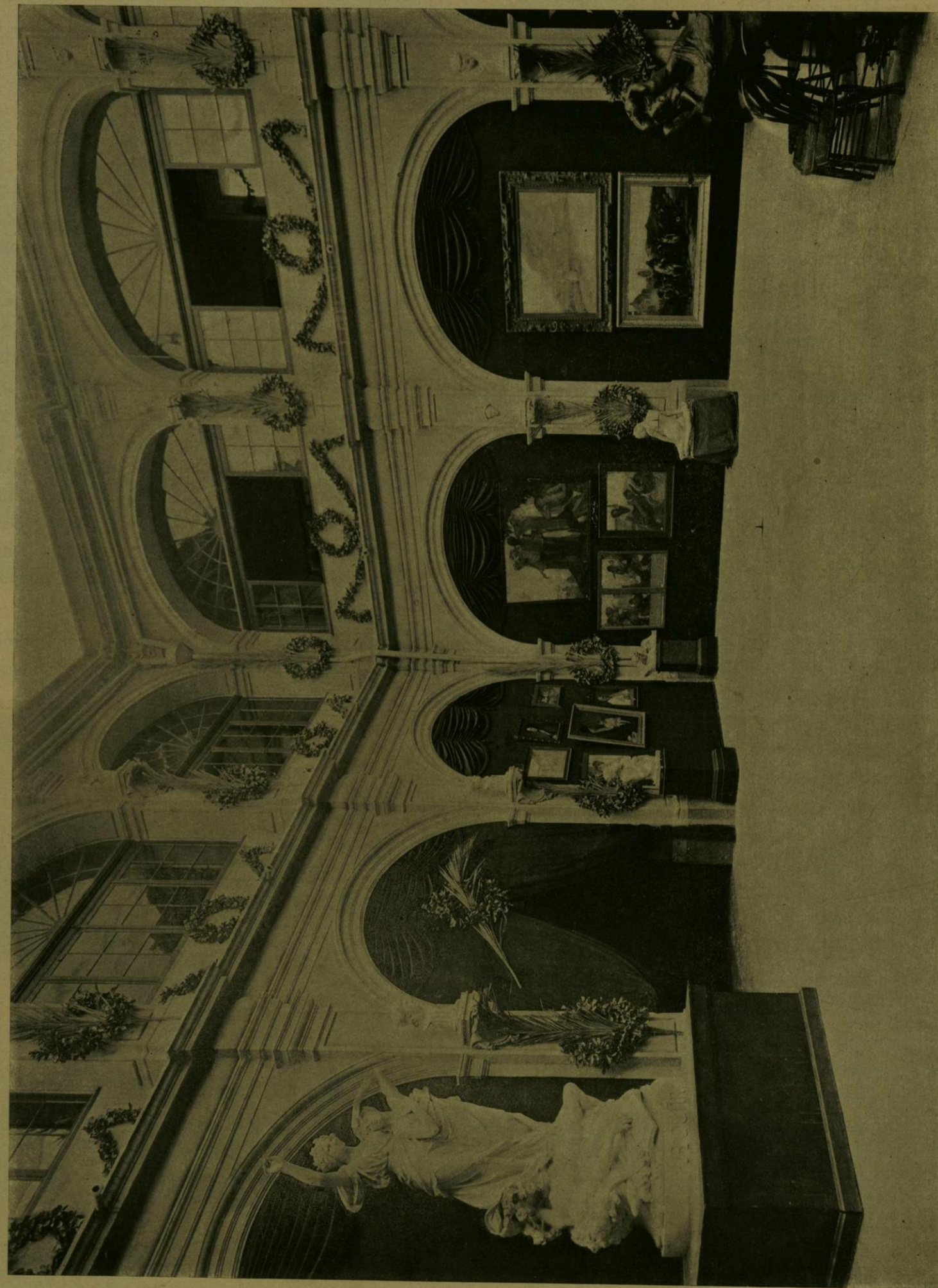
Saturnino Herrán presenta un gran cuadro de aliento y de estudio: «La Leyenda de los Volcanes.» La princesa india está enamorada del príncipe enemigo; el padre de la doncella transforma á ésta en «La Mujer Blanca,» y el afligido amante roba el secreto del brujo y, para acompañar eternamente á quien ama, se convierte á su vez en el volcán que yace perpetuamente junto á la amada. La potencia decorativa de Herrán es grande; su paleta es rica, abundante la verba del color, y



SECCION DE GRABADOS EN LA EXPOSICION MEXICANA.

la Nacional de Bellas Artes, se reunieron especialmente los cuadros de composición: de ellos, los puramente decorativos, los jocundos, que celebran alegrías de vivir, son muy pocos: «La Flora,» de Francisco de la Torre, una mujer de raza indígena, nimbada de luz, coronada de flores, pintura rica de color, jugosa, llena de vida. En seguida, varias composiciones de Garduño, en las que se advierte la influencia decorativa de Brangwin, sin la característica del gran pintor inglés de condensar la luz en un punto. El obreiro, en los cuadros de Garduño, no es la pobre carne que esculpe Meunier, que pintan Herkomer y Millet, sino signo y símbolo de trabajo, hombre de poderosos músculos, sanos, alimentados por sangre abundante y generosa.

Atrae la mirada y reclama atención un cuadro de poeta: el «Anáhuac,» de Jorge Enciso. Es un poco



VISTA DEL ANGULO SURESTE DEL PATIO DE LA EXPOSICION MEXICANA.



bien sentida la agrupación de las figuras.

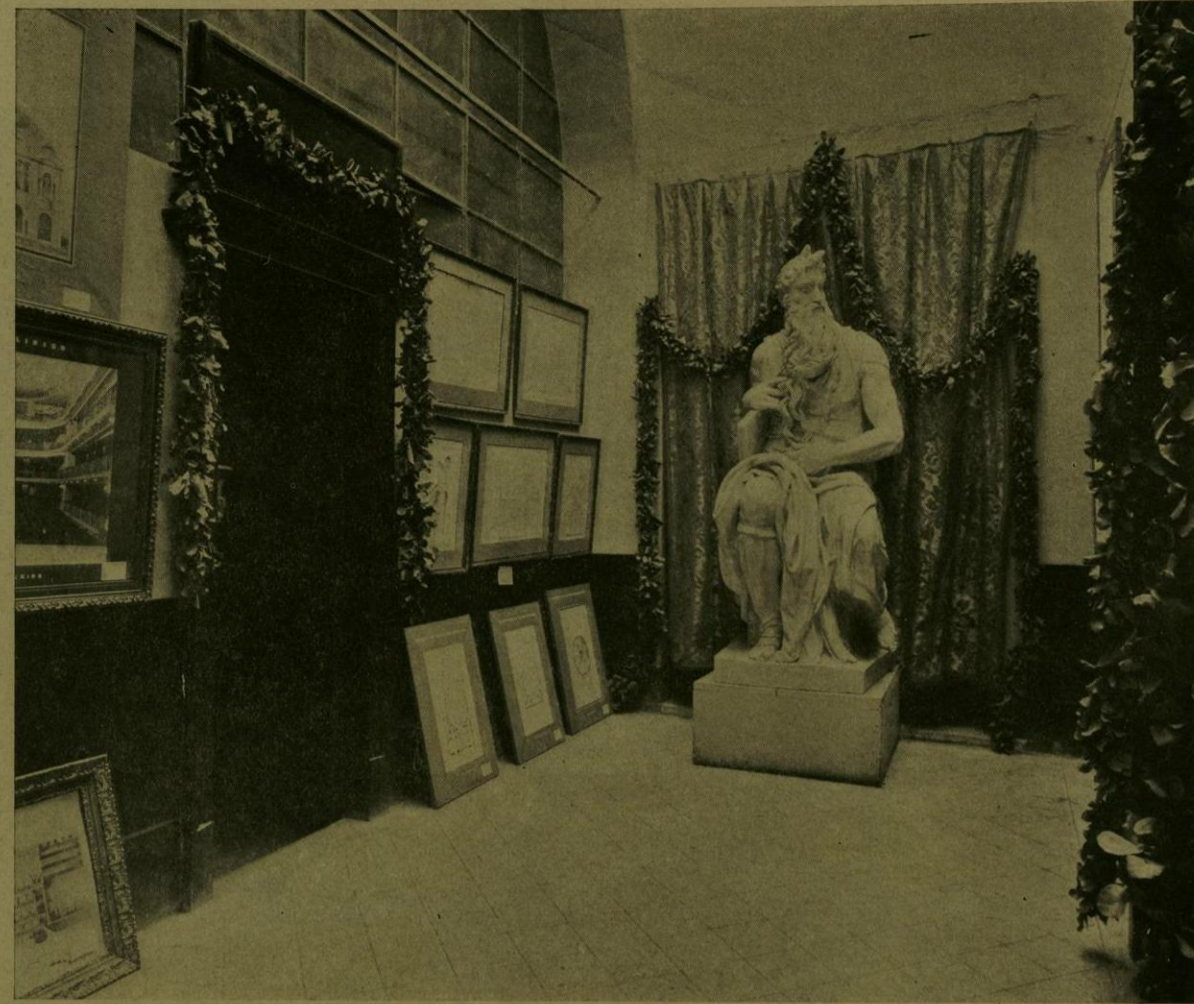
El cuadro «La Mujer de las Frutas,» de Roberto Montenegro, representa á una mujer de color de ámbar, velada apenas por una gasa negra, tomando de una fuente un racimo. El cielo es de oro, y sobre su metal diáfano se irisa la vibrante coloración de una trepadora, joyante de azul y rojo. Se halla próximo á él otro cuadro del mismo autor, el mejor de los suyos: «La Mujer de la Joya.»

Ramos Martínez exhibe una composición irónica bien pintada: Pierrrot, ebrio, se reclina en la pared caritativa, y Colombina escapa hacia donde Arlequín acecha.

La composición doliente «Una Vida» es un tríptico de Sóstenes Ortega que representa, primero, á la expósita, al fruto del amor arrojado á la fatalidad del arroyo; después, cuando la carne creció y fué hermosa, y la hija de nadie es la mujer de todos, viste seda, recibe galanteos, besos y golpes, Ortega la mira en un momento de tristeza y de hastío; cuando los ojos muy abiertos, las manos crispadas y los miembros inmóviles son presa de una ansia de ternura, insaciable en el desierto sin fin de su abandono; la plancha del hospital al cabo, la vuelta de la pobre carne, corrompida é insensible ya, á la masa anónima. Son del mismo autor otras escenas, todas pungentes y todas sentidas, lo que evita la teatralidad; entre ellas un ciego, en momentos de angustia loca, pues yace junto á él, despedazado por un azar de la vía, el perro que le servía de lazarillo.

Francisco Romero Guillemín tiene afinidad con Ortega, aunque no se confunde con él. Su «Eterna Víctima» es una obra social, de protesta: ante una manifestación hostil y violenta, la policía hizo fuego, cayeron á tierra varios hombres, huyeron los culpables, y sólo queda una mujer con el huérfano en brazos y dos infelices prisioneros.

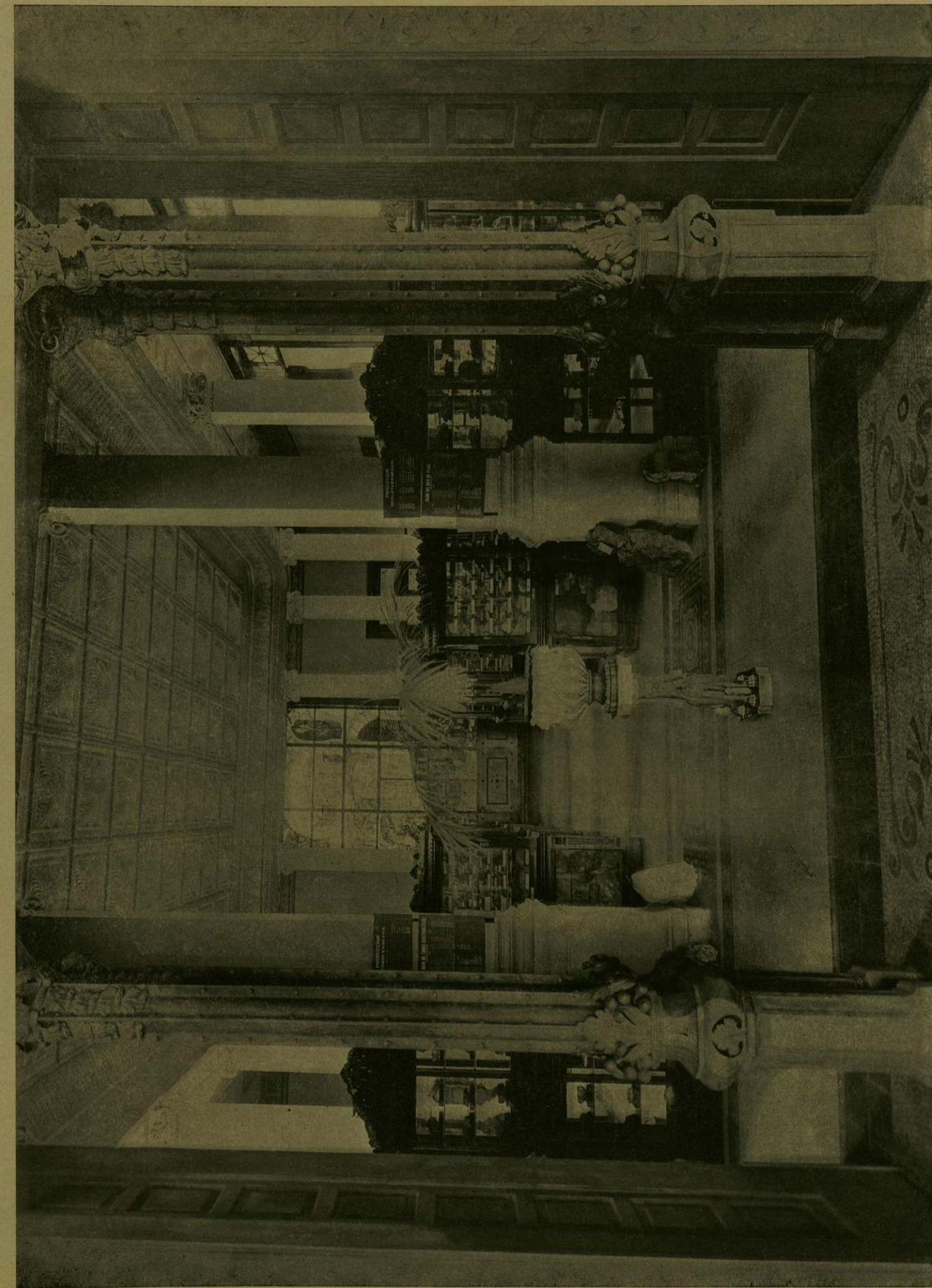
Las composiciones de Francisco de la Torre, «El Camino» y «El Caminante,» nos hacen recordar lo que



PRIMERA SALA DE ARQUITECTURA EN LA EXPOSICION MEXICANA.



SEGUNDA SALA DE ARQUITECTURA EN LA EXPOSICION MEXICANA.



SECCION DE CRIADEROS MINERALES EN LA EXPOSICION GEOLOGICA.